

EL exilio republicano de 1939, no tiene aún, desde España, los estudios necesarios. Creemos que no forma parte de los intereses que los historiadores e investigadores en general están demostrando en la última década por la República, la guerra civil y el franquismo. Sería injusto y doloroso que aquellos españoles que salieron obligadamente, y nunca han olvidado a España, no recibieran la atención y el recuerdo sobradamente merecido.

No es lugar aquí de hacer mención bibliográfica sobre este tema, pero sí llamar la atención sobre la escasa continuidad que la meritoria obra dirigida por José Luis Abellán ha tenido entre nosotros. Constituye una excepción relevante la exposición que tuvo lugar en Madrid (diciembre 1983, enero 1984) (1), gracias a la iniciativa del valenciano Manuel García. También ahora ha sido él quien ha promovido entre nosotros el interés por el tema, en esta ocasión centrado en el exilio valenciano. Este proyecto es coordina-

PROFESORES EN EL EXILIO: ANTONIO DELTORO, ANA MARTÍNEZ IBORRA Y SANTIAGO GENOVÉS

*Por Elena Aub Barjau **
*y María Fernanda Mancebo ***

do allá por Elena Aub, hija del también exiliado y conocido escritor Max Aub.

En contrapartida, los estudios realizados en el extranjero y especialmente en México vienen a colmar en cierta medida esta laguna historiográfica (2). Creemos, no obstante, que se trata de un espacio no trabajado suficientemente, una tarea abierta a todas las contribuciones.

Con la presentación de estos tres profesores: Antonio Deltoro; su esposa, Ana Martínez Iborra, y Santiago Genovés —más conocido quizá—, salimos, como dice Abellán, «al encuentro de nuestro pasado inmediato entroncando con una tradición... que se nos había pretendido escamotear... un pasado cultural e intelectual que nos había sido arrebatado...». Cumplimos también, según creemos, con el deseo de estos hombres y mujeres que en este caso aún tenemos la fortuna de contar entre nosotros y con, «su pretensión de no olvidar sus raíces, su deseo de enlazar con las nuevas generaciones

Antiguo Instituto Luis Vives. Foto: Ulms. Mayo.



españolas, su constante recuerdo de un pasado que no quieren ver morir...» (3).

Escribimos con el sentimiento, aún reciente, de la cálida acogida en sus casas y en sus vidas, con un vago temor a no saber reflejar quién y cómo son y han sido, con la audacia que proporciona el sabernos ejecutores de una tarea ineludible y digna. Y, porque no es la primera vez que nos encontramos en parecidas circunstancias, sabemos que la semblanza de estos «mayores» nuestros no se puede abordar sólo con el dato y el número. No podríamos escribir si entre ellos y nosotros no se hubiera establecido aquella comunicación que a ellos les ha permitido hablar —alguno por primera vez— y a nosotras comprender y transmitir. Son, como decía uno de estos días en México, José Puche Planas... «David García Bacca... ah, sí ¡qué gente!, he conocido tantas gentes de aquellas que ahora...». Aquellas gentes eran los Gaos, los Larrea, los Puche, Millares Carlo, los Souto, Bosch Gimpera, Xirau y un largo etcétera. Estos valencianos son también de aquellas gentes...

ANA MARTÍNEZ IBORRA

Es «la mujer del grupo», y quizá es ésta la característica que más nos llama la atención. Ana estudió el final del bachiller en el Instituto Luis Vives de Valencia, cuando estudiar como los varones era casi una transgresión de la moral. Ella era hermana de Manuel Martínez Iborra, presidente de la F. U. E. (Federación Universitaria Escolar) de Medicina y de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos. Ana perteneció también a la F. U. E. como las adelantadas de la época, cuando estudiar una carrera era casi una excentricidad. Como en el caso de Mercedes Maestre, esposa de otro estudiante de Medicina de la F. U. E., Emilio Navarro Beltrán, o Carmen Caamaño, que estudiaba por la misma época Filosofía y Letras en Madrid.



Ana Martínez Iborra.

Hemos visto a Ana Martínez en fotos con Manuel Altolaguirre, Antonio Deltoro, Juan Gil-Albert y Ramón Gaya, cuando fueron a fundar la U. É. A. P. (Unión de Escritores y Artistas Proletarios) en Alicante. También con Luis Buñuel, Wenceslao Roces, José Ignacio Mantecón y Max Aub, ya en México. En fin, Ana pertenece a ese grupo de mujeres de excepción, que en los años veinte, en una sociedad como la española y la valenciana, estudiaron el bachiller como los chicos, y una carrera: Filosofía y Letras. Este talento de universitaria no lo ha perdido. Ana conserva la lucidez e inteligencia, características de una personalidad que, partiendo de aquellas bases, ha conseguido a través de su vida. Tratamos de reconstruir su biografía a grandes rasgos, contada sin querer, entre cigarro y cigarro, cediendo quizá por primera vez a hablar de ella misma, con intervalos

de ausencias que, sonriente, aceptaba Antonio Deltoro. Parecía como si quisiera cederle a él la palabra, como si considerara que «lo suyo» no era importante.

Nacida en Valencia, pertenece a una familia oriunda de los valles de Sagunto, de estirpe liberal que se remonta al siglo XIX. Un antepasado suyo ocupa un lugar significativo en la sala llena de libros, recuerdos y cuadros. Es el último reducto, las señas de identidad de todos los «refugiados» españoles en México. La habitación está presidida por dos retratos de Antonio, uno de Carreño y otro de J. Renau, grandes amigos de la familia. Ana Martínez entra y sale, habla un poco y sonríe mucho, como nerviosa.

Su padre quiso que las hijas estudiaran también, como el hermano. Sin embargo, según la costumbre, prepararon los primeros cursos del bachiller en casa con profesor particular y después iban a examinarse al Instituto Luis Vives, único en la Valencia de entonces. Pasó después a la Facultad de Filosofía y Letras, promoción de 1926-31, compañera de Presentación Campos, esposa del doctor José Bartrina, muerto en la cárcel de Burgos, represaliada ella misma hasta que se pudo incorporar al instituto Sorolla. Una facultad, por cierto, con todas las rémoras decimonónicas... a su juicio entre los mejores profesores se encontraban Juan Contreras, marqués de Lozoya, que supo transmitir a sus alumnos su amor por el arte, y también Luis Pericot y José Deleito Piñuela.

Con matrícula en casi todas las asignaturas, hizo el doctorado en Madrid con José López Rey, Carmen Caamaño, Ballesteros Gai-brois, María Victoria González Mateo, Pepita Callao, esposa de Antonio María Sbert, y otros inquietos estudiantes, iniciadores de la Federación Universitaria Escolar. Un doctorado muy activo, según el espíritu de la I. L. E. (Institución Libre de Enseñanza), con excursiones a las cuevas prehistóricas de Altamira y todo el norte acompañados por

Obermaier y a las ciudades castellanas de abolengo, que junto al Museo del Prado les fueron explicadas por el denostado rector del gobierno Berenguer, Elías Tormo. Otro distinguido profesor fue el conocido historiador y arabista Gómez Moreno.

De todas maneras ella hacía su propia historia. En 1933 sacó las oposiciones para profesores de segunda enseñanza y marchó al instituto de Irún como profesora de geografía e historia, donde comienza su carrera docente, interrumpida sólo con la jubilación. Permanece allí hasta que empezó la guerra, pasando las vacaciones en Valencia, donde entretanto se gesta *Nueva Cultura* y el grupo de jóvenes inquietos bajo el liderazgo de José Renau van evolucionando a posturas de serio compromiso con su entorno social. El 18 de julio le sorprendió en Madrid haciendo unas oposiciones restringidas para cátedras de instituto. Durante la guerra impartió clases en el Instituto-Escuela y en el Obrero, creaciones de aquella república de profesores, como se la ha llamado. Precisamente otro de los entrevistados, Santiago Genovés, su hermana Concha y muchos otros niños en aquella época forman parte de la legión de alumnos que encuentra por doquier. Miembro de la F. E. T. E. (Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza), participó en las actividades de retaguardia en defensa de la República. El corte de Vinaroz le sorprendió en Barcelona visitando a su esposo, que, siguiendo al Gobierno, residía allí. Después, Francia con la derrota y el exilio.

Partieron de Burdeos, en la segunda quincena de enero de 1940. Residen año y medio en Santo Domingo, donde reanudó sus clases en un idealista instituto Juan Pablo Duarte, que fundó con un grupo de exiliados españoles y trabaja también organizando la Biblioteca Nacional. Su nombre figura en la revista *Ozama*, fundada por Deltoro, y su voz salía al aire en la emisión diaria *Hora del mundo*.

En México fueron recibidos por el paternal amigo doctor José Puche, que les ayudó a ellos, como a tantos otros, en aquellos amargos inicios del definitivo destierro. De nuevo la enseñanza en el añorado instituto Luis Vives —recuerdo del valenciano— fue su refugio y medio de sobrevivir. Durante 37 años Ana Martínez enseñó historia y geografía y muchas cosas más, pues es bien sabido: un profesor no transmite lo que sabe, sino lo que es. Y Ana era y es una mujer en el pleno sentido de la palabra. Muchos alumnos valiosos y dos hijos: Antonio, economista y poeta, y Ani, socióloga, completan su obra. Aquella jovencita intrépida se ha convertido en esta acogedora y capaz mujer que, por cierto, aún cautiva por la rotundidad y decisión de sus juicios y amores.

ANTONIO DELTORO FABUEL

En contraste con su esposa, Antonio Deltoro procede de una familia acomodada de Chulilla (Valencia), muy tradicional. Cómo pudo evolucionar este muchacho educado tan católica y férreamente hacia una postura que le identificó con *Nueva Cultura* y luego le condujo al exilio se entiende hablando con él. Las horas de conversación entreveradas de complejidad y golpes de risa ponen de manifiesto su calidad de personaje barojiano y paradójico. Porque Antonio no reniega de sus orígenes, e insiste en los aspectos positivos de un padre *ancien régime*, pero inteligente y hondamente preocupado por la formación de sus hijos. Insiste en el ejemplo de sus hermanos mayores, que para bien y para mal marcaron su infancia y primera juventud.

Parece tópico, pero su trayectoria es la del joven rebelde que no acepta el camino previamente trazado, pero reconoce la bondad de unos principios que conocemos, porque volvieron a imponerse en la sociedad franquista que muchos hemos vivido.

Sus padres entendieron que debían abandonar el ambiente rural del pueblo —precioso ambiente por otra parte— y dar a sus hijos la mejor educación en la ciudad de Valencia: el acreditado colegio de los Jesuitas. Sin embargo, justo allí, el sensible e inteligente chaval de los 12 y los 14 años, empezó a percibir la frontera entre lo individual y lo social. Inadaptado entre jerarquías y devociones marianas, incapaz de asimilar una educación de *élite* que traicionaba en la práctica sus principios de justicia social, igualdad y amor cristiano, allí empezó a intuir lo que eran las diferencias de «clase». Algo que más tarde le llevó a entender, limpiamente, «la lucha de clases». Y se portaba tan mal que hubieron de cambiarlo a los Escolapios.

En este nuevo colegio, aunque religioso, empezó a encontrar un ambiente más acorde con su temperamento. Su bachiller parece que comenzó realmente aquí. Tampoco tenía nada que ver con una renovación pedagógica que por la época preconizaba la I. L. E., no fue definitivo en la adquisición de una formación intelectual que hubo de conseguir por su cuenta. Pero la relación con los profesores fue más cordial, menos rígida e, incluso, con algunos compañeros «empezó a leer», la gran pasión de su vida. Las clases de literatura del padre Vicente Ten le abrieron un nuevo horizonte, estimularon su inteligencia y fomentaron sus aficiones. A él le gustaba ya dibujar y el profesor de biología aprovechaba sus aptitudes en las representaciones gráficas de las lecturas del microscopio.

Le pregunté si recordaba una infancia feliz y dijo rotundamente que no. Leía todo lo que caía en sus manos, pero «caían pocas cosas». Iba a escondidas a la biblioteca de la plaza de la Virgen y leía y leía, desde los abigarrados textos de la editorial valenciana Prometeo (cuya trascendencia en la España de principios de siglo convendría estudiar) hasta la Sempere y todo lo que había. Allí descubrió a los escritores del 98 y se

quedó pasmado ante *Las cerezas del cementerio*, novela que le hizo devoto de Gabriel Miró y le descubrió un mundo nuevo de sensibilidad y poesía.

Antonio Deltoro, entre bromas y veras, reconoce que su vocación juvenil: pintar, escribir, hacer versos, escapar de los caminos trillados, ha sido traicionada por los avatares de la vida. Por la guerra civil y el exilio. Como tantos otros de esa generación de la República, enviados a los vientos del mundo; y ahora repasa su vida y le hubiera gustado hacer otras cosas... Por eso comprende tan bien a sus hijos, a los amigos de sus hijos, a sus alumnos. Por eso en aquellos años se encontraba mejor en las tertulias de Lión D'or, del café El Siglo, o en las reuniones sabáticas organizadas por la U. E. A. P., en la calle del Pilar, donde cada quien llegaba con las novedades del momento. De su bachiller recuerda que entre tres amigos compraban *La novela semanal*, *La novela mundial* y *La novela de boy*, y luego se las pasaban. El debía esconderlas en las estanterías altas de su casa, porque sólo le estaba permitido leer «los libros de texto».

Empezó Medicina por tradición familiar —sus hermanos son médicos conocidos en Valencia—, pero un problema con ciertos profesores —Castell Oria e Ipiens— truncó su carrera. Hizo Derecho y Filosofía y Letras —ésta sin terminar— «sin ninguna brillantez», según sus palabras. Las facultades en la época primumverista ofrecían pocos alicientes a un alumno inquieto y, además, sus intereses eran de otra índole. Cuando conoció al grupo de artistas e intelectuales valencianos, aunque era más joven, estaba preparado para ser aceptado sin reservas.

LA ÉPOCA DE «NUEVA CULTURA»

La proclamación de la República había significado un gran cambio en la vida cultural valenciana. «Si la literatura de la década dels trenta, la literatura del nou romanticisme,



Antonio Deltoro

anava a liquidar la concepció de l'art com a patrimoni d'una classe social i a enterrar la tendència minoritària i elitista de les avantguardes "deshumanitzades" dels anys vint, el descrèdit d'aquestes mateixes avantguardes deshumanitzades anunciava la tendència vers un art de masses, social, popular, característic del nou romanticisme» (4).

Deltoro se incorpora de pleno a estos problemas, participa en la creación de la U. E. A. P. con Renau y demás compañeros en 1932 y luego, en 1935, empieza a colaborar en la revista *Nueva Cultura*, de la que es uno de los fundadores.

De su paso por esta importante revista creo que nada hay mejor que transcribir el juicio que sobre él escribió J. Renau en el prólogo a la edición facsímil de Topos-Verlag (1977):

«El desenlace de nuestra guerra antifascista, no sólo segó innumerables y

preciosas vidas. Truncó y frustró brutalmente también procesos y desarrollos personales que prometían pletóricas cosechas. Esta razón... es la que me impele a... dedicar unas líneas a tres importantes redactores de *Nueva Cultura*, injustamente anónimos o casi: Angel Gaos, Antonio Deltoro y Francisco Carreño... En el índice de la revista el lector no encontrará... más que... dos notas críticas de Antonio Deltoro. Y ello no corresponde, ni de lejos, al relevante papel que desempeñaron.»

Después de trazar una semblanza de Angel Gaos se refiere a Antonio Deltoro, a quien le unió una mutua y «dura» simpatía fraternal.

«De todas las personas que he conocido de cerca es la mejor y más versada en poesía y literatura españolas de cualquier tiempo, y, sin duda alguna, la más culta de nuestra redacción. Brillante platicador y agudo polemista... estaba siempre presente en nuestro ánimo, que temía y gozaba a la vez del cáldido, ingenioso y cáustico juicio de su lengua... su "mala leche" ibero-valenciana era la sal y pimienta que él prodigaba y suministraba equitativamente...» (5).

Las notas críticas, únicas contribuciones firmadas por Deltoro en la revista son: *Teatro*, *El triunfo de las Germanías*, que califica de «noble intento truncado en su raíz»... ya que se la quiso asimilar un exceso al momento histórico que ellos vivían. *Galicia, mártir-Stampas por Castela*. Donde el artista, que residía entonces en Madrid, consigue plasmar en diez láminas todo su dolor y el de su tierra. Y *Otra vez Juan Ramón*, en la sección «Momento e Historia», firmada con sus iniciales, A. D. Reproduce aquí la nota que Juan R. Jiménez entregara al secretario del Comité de los Amigos de la Democracia Española en Nueva York. Carta reproducida como pórtico del libro de Renau *Arte en peligro* (6).

¿Qué más decir? En la exposición de 1931 de la Vanguardia Artística, Antonio dio a conocer unos versos *Imprecaciones a Berenice la estéril*, de Miguel Alejandro. Pla y Beltrán llegaba de Alcoy con *La cruz de los crisantemos* (1929) y un año más tarde

publicaba *Huso de eternidad* (4), Antonio recitaba de su libro *Narja*. Juan Gil-Albert, con todos ellos, conectaba con los poetas y artistas de Madrid. Estos jóvenes viven la ruptura con el tradicionalismo y la facilidad de las artes plásticas y la literatura, la toma de conciencia apresurada a través del marxismo. Fue una época febril y la más interesante de su vida, aunque él sea siempre un poco heterodoxo, ¿cómo no valorar a Unamuno y a Ortega, a pesar de todo?

De 1933 a 1936 fue profesor en la Escuela Cossío, fundada por José Navarro Alcácer, nacida como el Instituto-Escuela y más tarde el Obrero bajo la inspiración de la I. L. E. Allí convivió con un grupo de profesores que enriquecieron su personalidad: María Moliner, que por entonces ya había empezado su diccionario; José María Ots, joven también profesor de la Facultad de Derecho; Juan Renau; Juan Miguel Romá; Carmen Solero; Salvador Lacasta, de Ciencias; Angelina Carnicer, pedagoga de la Normal. Profesores universitarios que no desdeñaban impartir sus enseñanzas a los alumnos de media y primaria... Junto a las clases reglamentarias en forma de conferencias semanales se acercaba a los muchachos a los distintos temas. Se hacían excursiones...

Después los acontecimientos se precipitaron. Estalló la guerra y sin abandonar la labor en N. C. Deltoro entró como secretario de J. Renau en la Dirección General de Bellas Artes, durante el gobierno Largo Caballero (4 de septiembre de 1936). Con él participó en todas las complejas actividades de esa dirección, entre ellas el traslado e instalación en Valencia de las piezas más significativas del Museo del Prado. El libro de Renau *Arte en peligro*, recoge todo este esfuerzo. Trasladado a Barcelona con el gobierno en octubre de 1937, continúa su labor hasta su movilización y el exilio en Francia, donde fue a parar a los campos

de concentración de St. Cipryen y Barcarés.

Durante la estancia en Barcelona desempeñó la Secretaría de Publicaciones de la Dirección General de Bellas Artes. Y concibió el proyecto de editar una serie de publicaciones recogiendo los dibujantes más conocidos de su época, con prólogos de artistas o escritores reconocidos. Así Bagaria, dibujante de *La Vanguardia*, era presentado por José María Masis; Rivero Gil, de *El Socialista*, por Castela; Guasp, de *Treball*; Puyol, de *Mundo Obrero*... Pensaban hacer lo mismo con los dibujantes españoles de la prensa de la guerra de 1914, con un prólogo del dibujante catalán APA, y por último los dibujantes en las guerras carlistas con un estudio de Enrique Díez Canedo. Esfuerzo tremendo que no llegó a plasmarse en la realidad al producirse la sustitución de Jesús Hernández por Segundo Blanco. Después, con el final de la guerra, todo quedó perdido.

EL EXILIO

Se había casado en octubre de 1936 y tras una separación temporal en Francia, con intervención del S. E. R. E. y del Comité Británico de Ayuda a los Emigrados, consiguieron embarcar para Santo Domingo. V. Llorens en su libro *Memorias de una emigración* hace la crónica de este primer exilio. Mientras Ana da clases en el instituto Juan Pablo Duarte y ambos se las ingenian para vivir, Antonio se dedica de nuevo a su quehacer cultural. Con Ana María Yborra, Angel Muñoz Custodio y Joan Junyer funda la revista *Ozama*, de la que es director. Con *Panorama*, *Por la República*, *Juventud española*, *Agora*, *Democracia*, *Rumbo* y *Catalonia*, completa el espectro de publicaciones de los emigrados que aún conservan intacta la esperanza de volver.

Ozama se presenta como una «revista literaria de información y crítica». De los cuatro números que salieron, sólo hemos podido consultar

el primero (febrero, 1941), cuya portada reproducimos. Nació con el criterio de aproximarse al grupo intelectual dominicano de tendencia liberal y con el intento de mantener el espíritu de lo que fue la guerra española y lo que podía haber sido España de haberla ganado. En este número colaboran: Emilio Rodríguez Demorici, director del Archivo General de la Nación y una de las grandes autoridades históricas de Santo Domingo. Enrique Casal Chapí, músico y crítico de arte. Héctor Incháustegui Cabral, joven poeta y escritor dominicano. Angel Muñoz Custodio, que también colaboró en las emisiones radiofónicas «Hora del mundo». Pedro René Contin Aybar, escritor que continuó la labor de Emilio Aparicio al frente del Teatro-Escuela, otra aportación de los españoles. El gran criminólogo Constanicio Bernaldo de Quirós, ya anciano pero ágil y dinámico...

No faltaba en la revista la referencia a Machado, con fragmentos del Juan de Mairena. Poemas de Unamuno *Si caigo aquí* (poema del destierro), con ilustración de Junyer. Noticias del movimiento americano de ayuda a los refugiados. Cine del momento a cargo de Muñoz Custodio. Libros. Bibliografía donde se daba noticia de las publicaciones recientes sobre educación y cultura, arte, literatura e historia y una sección de arte y exposiciones donde Antonio ejercía su saludable crítica. Hablando del pintor Hausdorf termina: «Que cada uno cree el suyo (su mundo), el mundo verdadero de su arte plantándose con grandeza de ánimo ante la naturaleza —incluimos en ella el propio corazón del artista con sensibilidad e inquietudes de hombre de su tiempo— para, nutrido de su esencia, devolver afuera el personal sentir, síntesis y eco de los humanos sentires.»

En esta revista, Deltoro concibió el ambicioso proyecto de ir dando a conocer a los hombres más influyentes en su época como Ganivet, Machado, Ortega y otros en la sección «Presencia de España». La figura de

Angel Ganivet está estudiada en este primer número, y glosada, entre otras consideraciones, de esta manera:

«Para los que tenemos España en el corazón y la sentimos despedazada aún y ya con el fantasma de la guerra en ronda de muerte... hay un capítulo del *Idearium*... aquél que analiza los derroteros de la política española en la Edad Moderna y su repercusión en la vida interior del país...». Y habla del fracaso de Austrias y Borbones, para terminar afirmando: «Todos los desastres vinieron eslabonados y tuvieron su origen en la obcecación con que pretendimos apoyarnos sobre ideas que carecían de asiento natural en intereses reales...»

Una buena lección de historia y sensibilidad perdida en una pequeña revista de más allá del mar, *Ozama*.

Otra obra importante en esta época es la participación en la radio oficial a través del programa «Hora del mundo», nombrado anteriormente. Durante una hora daban las noticias del día, hacían comentario de política internacional, crítica de cine, teatro, literatura y artes. A través de ella los radioescuchas adquirían una visión de la segunda guerra mundial favorable a los aliados, admitida por el gobierno por presión de Roosevelt, aunque el dictador Trujillo estuviera personalmente más identificado con el Eje. Una anécdota curiosa es que, como no podían hablar de Hitler, descargaban sus iras sobre Italia, lo que provocó una formal protesta del embajador italiano... sin repercusiones graves para ellos, afortunadamente.

Esta falta de libertad, sentida por todos los españoles que habían huido del franquismo y caían bajo el dominio de otro no menos temible horror, obligó a los Deltoro a gestionar su traslado a México ayudados por los cuáqueros a través de la figura más respetada quizá de todo el exilio, el doctor José Puche Alvarez.

Como se ha dicho, él les ofreció su casa y sobre todo la posibilidad de trabajar en el recién creado instituto Luis Vives. Este proporcionaba empleo honorable a los profesores

republicanos españoles y contribuía a la difusión de la cultura española en México. Adoptó el nombre del gran humanista español, como símbolo de la norma general de sus enseñanzas, pero además para los valencianos tenía el valor de ser el homónimo del que habían estudiado, aparte de que Puche había sido rector en Valencia y el director del de Valencia estaba también allí. Esta época —diez años de profesor de literatura— con la de la Escuela Cossío fue también importante por las personas con que hubo de trabajar y conoció. El presidente era Pedro Carrasco, el decano de Ciencias de Madrid; los vocales: José Gaos, Joaquim Xirau, Agustín Millares Carlo, Isidro Fabela, el diplomático mexicano cuya casa-museo hoy se visita en San Angel. Jesús Silva Herzog... Rubén Landa, de la I. L. E.; Juan Bonet, ex director del Lope de Vega de Madrid; etcétera. El doctor Puche fue presidente hasta su muerte en 1977 y en la actualidad lo es su hijo José Puche Planas. «Sin envanecimiento se puede afirmar que los resultados obtenidos han sido satisfactorios», afirma la *Memoria* de 1976. Y así es, en efecto. Con gran frecuencia el matrimonio Deltoro habla de tal o cual alumno que hace la tesis en Italia, que ocupa un puesto en la administración o en la vida cultural...

La docencia fue interrumpida por el trabajo en unos laboratorios, encargado del Departamento de Prensa y Publicidad. Allí, Antonio, como no sabe hacer mal las cosas, empleó toda su creatividad en modernizar y dinamizar la sección a su cargo, de modo que gracias a este trabajo han podido vivir, educar a sus hijos, seguir leyendo y viajar de vez en cuando a España. Su relación con ésta se rompió durante veinte años informado solamente por prensa y amigos que transmitían noticias, quizá más fidedignas que las conocidas en el interior. *Revista de Occidente*, *Insula*, *Cuadernos para el Diálogo*, todo no era bastante para saciar la curiosidad y la nostalgia de los exiliados. Se ve en

Antonio Deltoro un hombre que no ha perdido la curiosidad con los años. No se podría decir si se integró allá o no. De hecho él sabe más cosas sobre México que muchos mexicanos, pero los largos años del destierro no le han hecho perder contacto con España. Renau, Carreño, Badía, Tónico Ballester han mantenido el contacto. Ahora, al ir desapareciendo los viejos amigos, Buñuel, Gaos, Puche, Aub, Mantecón, o estar demasiado mayores los que viven, como W. Rocés, su amistad se abre a las nuevas generaciones y acontecimientos: el Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas de 1987 en Valencia, el mundo cultural mexicano, presidido por el discutido Octavio Paz y su revista *Vuelta*... Ha prometido, por fin, escribir algo sobre la Valencia que conoció o sobre el exilio. Deseamos que cumpla su palabra.

SANTIAGO GENOVÉS TARAZONA

Presentarles a Santiago Genovés Tarazona (Orense, 31 de diciembre de 1923) es abrir la espita a los refugiados de la segunda generación: hijos de quienes vinieron a México tratando de rehacer sus vidas y que acarrearón mujer (a veces) e hijos (pocos). Santiago es un personaje creado por sí mismo. Nacido en Galicia, valenciano por raíces, mexicano por adopción, tuvo que enfrentarse pronto a ese desconcierto que es la pérdida de puntos de referencia para reubicarse en un mundo nuevo.

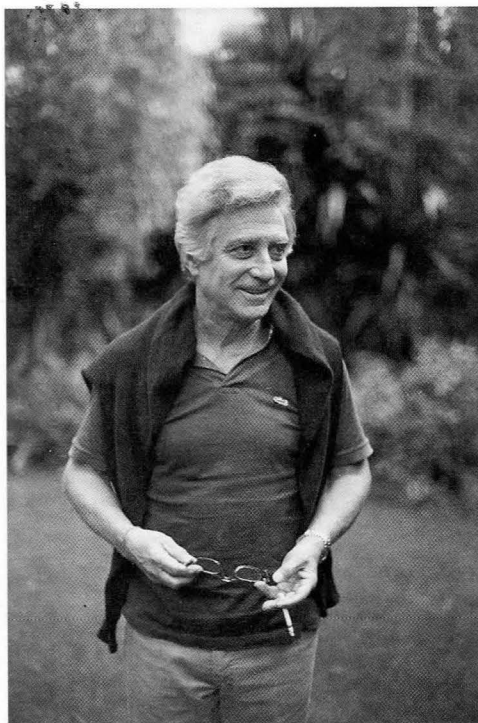
Hijo de maestra y de telegrafista valencianos que tratan de abrirse paso a través del «escalafón». Tienen que ir primero a Galicia, donde nacería Santiago, luego a Canarias y por último volverían a Valencia, donde Santiago prosigue sus estudios en la Escuela Cossío (1930-1932), dentro de los lineamientos pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza y de la filosofía del krausismo. Después pasaría al Instituto Escuela.

A los quince años, como miles y miles de españoles, sale con su ma-

dre y hermanos hacia Francia buscando seguridad y refugio.

«Llevábamos pasaportes en regla y siete u ocho mil pesetas que no servían para nada. En el momento en que llegamos a Marsella nos agarró la policía, como a todo el mundo, y nos enviaron a Chambon Feueroles, un pueblo minero donde había un asilo de ancianos, y ahí nos metieron con otros refugiados, mujeres y niños. A mi hermano mayor lo mandaron al campo de concentración de Argelés. En aquel refugio, yo calculo que estuvimos un mes. Mi madre, entonces, hizo algo muy inteligente. Yo tengo familia en Estados Unidos, una hermana de mi padre, emigrantes allá por los años veinte, que vivían en Jacksonville, Florida, y entonces lo que hizo mi madre fue enviarles un telegrama y nos mandaron trescientos dólares. Con esa fortuna y con la ayuda, creo, del alcalde de Chambon Feueroles, bajamos a Sète y fuimos a un hotel. Mi madre se fue con todo el dinero a buscar a su hijo mayor a Argelés y lo encontró. Yo no sé cómo encontró a mi hermano... esas cosas de las madres... y volvió con él. Entonces alquiló media casita y ahí vivimos los cuatro. No teníamos ninguna noticia de mi padre, que se había quedado en Valencia y que se suponía que lo habían fusilado. Supongo que mi madre escribió a París y un día... que sale un barco para México... y nos vamos a Burdeos a tomarlo. Era el *Mexique*. Salimos el 14 de julio, el día de la toma de la Bastilla.»

Llega a un país del que advierte, aún chaval, las diferencias económicas y de desarrollo. Europa todavía en los ojos. Sale de un puerto lleno de grúas y a otro casi sin movimiento. Es un México recién salido de su revolución que no logra resolver muchos de sus problemas políticos y sociales; poco poblado todavía, sobre todo en el campo, será esa, precisamente, una de las razones por las que el general Lázaro Cárdenas, presidente de la República Mexicana, decide abrir las puertas a los refugia-



Santiago Genovés Tarazona.

dos españoles, muchos de ellos campesinos. Oficialmente son recibidos con los brazos abiertos. La gente de Veracruz, simpática y acogedora.

Llegan a la ciudad de México y organizan el futuro como mejor creen. Santiago va a los Estados Unidos (diciembre de 1939) por una corta temporada con sus parientes y estudia con ahínco, «como niño bueno, por primera vez en mi vida». Regresa al D. F. en junio de 1940 y tiene que ponerse a trabajar durante un año en una fábrica; por primera vez entra en contacto con el pueblo llano de México. No puede seguir sus estudios sino hasta un año después, cuando en 1941 el padre, huído de un campo de concentración, se reúne con la familia. El viaje al país del norte le ha servido: da clases de inglés, que le ayudan a mantenerse. Después montará un negocio de fotografía con otros ami-

gos y vivirá su etapa de joven «golfa y despreocupado» que maneja y gasta gran cantidad de dinero.

La Secretaría de Educación de México elaboró un plan conjunto con el Instituto Politécnico, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Universidad Nacional que permitirá la unificación de la enseñanza de la antropología, para lo cual crea, en 1942, la Escuela Nacional de Antropología.

Santiago Genovés abandona sus estudios de medicina, revalida algunas materias y termina la carrera de lo que será su interés definitivo: la antropología. Inteligente, capaz y con una sólida formación bien asimilada, Genovés va por tres años (1953-1956) a Inglaterra en busca de una consolidación académica. Al volver a México (junio de 1956) encuentra trabajo en el Instituto Nacional Indigenista, de la mano de don Alfonso Caso. Inquieto por naturaleza, propone toda una serie de planes y proyectos prácticos para mejorar los estudios y condiciones de investigación, planes que no le son aceptados. En 1956 mismo, lo nombran jefe de bodega y laboratorio del Departamento de Antropología Física del Museo Nacional. Tenía a su cargo los restos de lo que era entonces el hombre más antiguo de América, los restos del «hombre de Tepexpan». Genovés descubre «que en vez de tratarse de un cazador de grandes mamíferos son en realidad los restos de una mujercita que se había caído por allí... y que eran eso... una chaparrita y no un gran héroe...».

Cortapisas y problemas políticos van llevando a Genovés por rutas diferentes en la investigación antropológica, interesándole por temas de su tiempo como son la agresividad, el sexo y la paz.

Cuando se le pide el *curriculum*, puede darse el lujo de contestar con otra pregunta: ¿qué versión prefieres: la resumida, la oficial o la verdadera con casi trescientas páginas? Este es el resumen que nos ofrece de su vida, en 1984:



Grupo de alumnos del Luis Vices. Foto: Hnos. Mayo.

«¿Qué he hecho en mi vida?... Ni los quince libros publicados, algunos traducidos a varios idiomas, ni las doscientas publicaciones en revistas de ciencia: averiguaciones, sobre paleoantropología, evolución, sexo, sexualidad, espacio, inteligencia, personalidad, comunicación verbal o no verbal, familia, pensamientos trascendentes, liderazgo, roles, estatura, aumento secular, edad, origen del hombre en América, agresión Tepexpan, conflicto, violencia, etcétera. Ni *Los vascos*, ni *Pax...* Ni tirarme del volador, ni *El músculo y la cultura...* ni las dos balsas *Ra*, ni el haber sido editor del *Year Book* cuatro años, ni el análisis del secuestro (del avión en que iba a Monterrey), ni las conferencias, congresos, simposios, mesas redondas, la fundación de la International Association for Human Biology, que inicié y que ahora tiene dos mil miembros, ni participaciones en *La Clave*, el programa de televisión española en el que he estado tres veces (también

en el Canal 13, en México)... u otras cosas en tele o en cine... No. Lo que he hecho son treinta y cinco páginas de un librito llamado *El mar, los peces y yo.*»

Hoy día habría que sumar una buena docena más de libros publicados y otro centenar de trabajos aparecidos en las revistas especializadas.

Dice Santiago Genovés que, en el fondo, su vida es como estos versos de Machado:

Todo para los demás
muchacho llena tu copa
que ya te la beberán.

* Investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

** Profesora de historia e investigadora.

Nota: Los textos entrecomillados han sido tomados del libro de María de la Soledad Alonso y Marta Baranda *Seis antropólogos mexicanos*. Mexico, INAH-SEP-Lib. Madero, 1984. Col. Palabras del Exilio, 3.

NOTAS

(1) VV. AA.: *El exilio español en México*, Madrid, 1983, Ministerio de Cultura.

(2) Entre los libros más significativos sobre el tema, publicados en México, cabría citar: Mauricio Fresco: *La emigración republicana. Una victoria de México*, México, 1950; Carlos Martínez: *Crónica de una emigración (la de los republicanos españoles en 1939)*, México, 1959; Patricia W. Fagen: *Transterrados y ciudadanos*, México, 1973; Ascensión Hernández de León Portilla: *España desde México (vida y testimonio de transterrados)*, México, 1978, y VV. AA. (Michael Kenny): *Inmigrantes y refugiados españoles en México. Siglo XX*, México, 1979, y VV. AA.: *El exilio español en México (1939-1982)*, México, 1982.

(3) VV. AA. (José Luis Abellán): *El exilio español de 1939*, cinco volúmenes, Madrid, 1976 (víd. vol. I, pág. 18).

(4) Manuel Aznar y Ricard Blasco: *La política cultural al País Valencià (1927-1939)*, Valencia, 1985.

(5) Josep Renau: *Notas al margen de «Nueva Cultura»*, en *Nueva Cultura*, Liechtenstein, 1977, págs. 22 y 23.

(6) Josep Renau: *Arte en peligro (1936-1939)*, Valencia, 1980.

(7) Víd. Manuel Aznar: *Pascual Pla y Beltrán: Antología poética (1930-1961)*, Valencia, 1985.